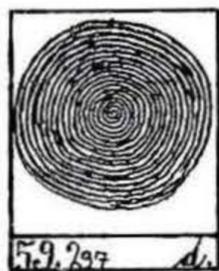


contaba con ciento cincuenta ediciones, siendo la novela más leída de Latinoamérica. En su presentación, R. H. Moreno Durán se refiere al hecho insólito de que en ese mismo año apareciera publicada *Cien años de soledad*, la otra gran novela colombiana de fervorosa recepción internacional.



Sobre *María* se han escrito los más disímiles comentarios críticos. De ella Borges afirmó: "Oigo innumerablemente decir: 'Ya nadie puede tolerar la *María* de Jorge Isaacs; ya nadie es tan romántico, tan ingenuo'... Ayer, el día 24 de abril de 1937, de dos y cuarto de la tarde a nueve menos diez de la noche, la novela *María* era muy legible". Gabriel García Márquez, por su parte, puntualiza: "Isaacs es un extraordinario novelista y escritor. No hay una cosa que se quedó al descuido. Uno se da cuenta de que no tiene una falla, de que él escribe en primera persona y en ningún momento pestañea. Fue un extraordinario escritor, pero sobre todo un técnico sorprendente. Conocía a fondo el oficio..." (*A propósito de Jorge Isaacs y su obra*, Bogotá, Norma, 1990).

Un paralelo entre Jorge Isaacs (1837-1895) y José Asunción Silva (1865-1896), ambos poetas y novelistas, fue bosquejado lúcidamente por William Ospina: "Es extraño pensar que estos dos hombres estuvieron unidos por la vida y por la desdicha, que —cada uno a su modo— amaron y perdieron a una misma mujer, y que sus obras fundamentales son tan afines que podrían publicarse juntas, casi como una sola. Pues ¿qué son los *Nocturnos* de Silva sino una suerte de epílogos de la *María* de Jorge Isaacs? Nos es forzoso por ello pensar que estas obras son verdaderamente reveladoras de lo que fue nuestro espíritu colectivo hace un siglo y,

tal vez, de lo que sigue siendo. Si quiéramos más afinidades entre los dos genios literarios de nuestro siglo XIX, podemos añadir que sus obras principales fueron escritas por ambos antes de cumplir los treinta años: son el testimonio de una juventud ardorosa y conmovida. Silva no quiso o no pudo vivir para ver su Gloria; a Isaacs le sobró tiempo para padecerla". (*A propósito de Jorge Isaacs y su obra*, Bogotá, Norma, 1990).

Con la Colección Biblioteca Familiar Presidencia de la República se pretende, de alguna manera, llenar un vacío cultural al dar los primeros pasos para una alfabetización literaria a nivel nacional. Después de *María* y *De sobremesa*, aparecerán en su orden: *Colombia*, en una visión de Kathleen Romoli; *Cuatro años a bordo de mí mismo*, de Eduardo Zalamea, y *Grandes conflictos de nuestra historia* (tomos I y II) de Indalecio Liévano Aguirre.

El propósito de esta empresa —en cuyo trasfondo aparece la "gratuidad de la lectura"— bien podría estar definido en uno de los agudos aforismos del pensador colombiano Nicolás Gómez Dávila, cuando afirma: "La lectura es elixir insuperable porque, más que a la mediocridad de nuestras vidas, nos permite escapar a la mediocridad de nuestras almas".

JORGE H. CADAVID

Un pensamiento acrítico

Ensayos, glosas y otras erudiciones

Darío Achury Valenzuela

(Óscar Torres Duque, comp.)

Ministerio de Cultura (Colección Homenajes Nacionales de Literatura), Santafé de Bogotá, 1998, 245 págs.

Darío Achury Valenzuela (Guatavita, 1906) perteneció al grupo de intelectuales —Germán Arciniegas, Luis López de Mesa, Rafael Maya, Baldomero Sanín Cano, Gilberto Alzate

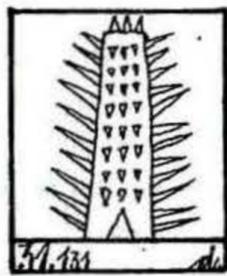
Avendaño, Eduardo Caballero Calderón, entre otros— que vieron morir la llamada República Conservadora, en 1930, se consolidó durante el primer gobierno de Alfonso López Pumarejo (1934-1938) y sirvió a los gobiernos que le sucedieron, aliándose a uno u otro lado de los líderes políticos de turno, esto es, Eduardo Santos, Jorge Eliécer Gaitán o Laureano Gómez. A partir del golpe de estado del general Rojas Pinilla (1953), por la fuerza de los hechos, estos intelectuales tuvieron que abandonar ambigüedades y asumir posiciones a favor o en contra del régimen populista. Pero fue con el Frente Nacional (1957), ese magistral acuerdo entre los "caballeros oligárquicos", Alberto Lleras Camargo y Laureano Gómez, que fueron premiados con altos puestos o castigados con silenciosos olvidos.



Achury Valenzuela no fue ajeno a los múltiples y trágicos vaivenes políticos que alcanzaron su clímax con el homicidio de Jorge Eliécer Gaitán (1948) y el envío al exilio del violento Laureano Gómez (1953). Aunque Achury no ocupó ministerios o embajadas —esas medallas de oro en agradecimiento a la fidelidad partidista—, su apoyo a Jorge Eliécer Gaitán en el periódico *Jornada*, al lado de Darío Samper, José A. Osorio Lizarazo y del rencoroso Eduardo Caballero Calderón, fue interpretado como un gesto malsonante de rebeldía y, en consecuencia, se le envió a los sótanos burocráticos. Fue en ellos donde produjo obras sin duda de valía: su exhaustiva investigación sobre los *Afectos espirituales* de sor Josefa del Castillo, la cuestionable compilación de las *Obras completas* de Miguel Antonio Caro, y la dirección de la Biblioteca Popular

Colombiana, que debe considerarse continuadora de la labor educativa iniciada por Andrés Bello con la Biblioteca Americana, hacia 1840, y que alcanzó su momento más alto cuando Ángel Rama coordinó la Biblioteca Ayacucho de Venezuela en los años 70 de este siglo.

Debido a que no se ha elaborado una sociología de los intelectuales colombianos del siglo XX, al modo como la que realizaron en Alemania René König y Alphons Silbermann y en Francia Pierre Bourdieu y Robert Escarpit, no se puede determinar con exactitud la relativa o abierta dependencia que tuvieron los intelectuales de los círculos de poder, su radio de influencia —si lo hubo— y su posición ante la naciente sociedad de masas. Esto exigiría, de plano, abandonar las valoraciones “estilísticas” y el grado de cosmopolitismo o nacionalismo cultural de los *clercs* colombianos, y ocuparse, por el contrario, en hacer valoraciones de carácter material; es decir, que observen la formación de instituciones sociológico-literarias (procedencia social del escritor, autoimagen de su función intelectual, círculo editorial, bohemia y tertulias, etc.) que facilitan interpretar el surgimiento e influencia de los escritores que producen pensamiento para la sociedad.



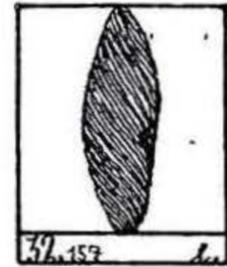
La obra ensayística de Achury Valenzuela —ello se refleja notoriamente en la reciente compilación publicada por el Ministerio de Cultura, *Ensayos, glosas y otras erudiciones* (1998)— sufrió de los altibajos que, en mucho, marcaron a un sector de intelectuales latinoamericanos de los años 40 y 50, como el indigenista peruano Luis Alberto Sánchez, el positivista mexicano Leopoldo Zea y el gauchista argentino Ezequiel Martínez Estrada,

cercanos a movimientos de tendencias socialistas o populistas. En ellos las preguntas histórico-literarias más bien fueron estacionarias —hoy se diría “neuróticas”—, esto es, reflejaban seudoproblemas: ¿qué somos?, ¿cuál es nuestra identidad?, ¿qué es lo ontológicamente americano?, ¿valemós más que Europa?, etc.

Cercado por un hispanismo de campanario, Achury se encerró en discusiones más bien estériles sobre la supuesta “cultura colombiana” hasta llegar a un autoctonismo nebuloso, que sospecha de la influencia europea (cf. sus ensayos “Posibilidad de una cultura americana”, “Virtudes y vicios de nuestra nacionalidad”). Estas doctrinas basadas en conceptos ahistóricos, como ‘la sangre’ y ‘la tierra’, fueron sustento ideológico del fascismo europeo y en nuestro medio dieron origen, entre otros delirios, al folclorismo hispánico de Germán Arciniegas (Colombia como “país de los bejucos y las zanahorias” y al determinismo histórico del “profesor” Luis López de Mesa, quien en su obra *El factor étnico* (1927) declaró que las raíces del atraso económico y social colombiano se debían a que en nuestro país el evolucionismo darwiniano se había dado de modo heterodoxo: proveníamos de las sardinas, ¿qué se podía esperar?

Los ensayos literarios de Achury —salvo los dedicados a los escritores coloniales sor Josefa del Castillo y Rodríguez Freyle, no incluidos en la compilación hecha por Torres Duque— sufren de fragmentarismo, no forman parte de un proyecto sistemático y responden más bien a intereses eventuales, improvisados, que al poco tiempo serían desplazados por otros. El hecho de ser escritos para revistas les dan un aire dandista, doméstico, de precario alcance intelectual. Las notas de Achury Valenzuela a la obra *Cuatro años a bordo de mí mismo* de Eduardo Zalamea Borda, su presentación poéticoide del *Orlando* de Virginia Woolf, su intento polémico de debatir con las interpretaciones románticas del *Quijote* —desconociendo descaradamente que ese debate lo canceló Erich Auerbach en *Mímesis* (1942)— o la respetuosa apología del undívago y aparatoso Ernesto Volkening, no son más que borra-

dores de lectura y no esfuerzo de su “postura globalmente humanista” (pág. XV), como supone el compilador Óscar Torres.



Al referirse a la obra de idealistas subjetivos como Hume o Spinoza, dice el hegeliano Ernst Bloch que “lo claro también puede ser oscuro”, y el aforismo también puede ser aplicado a nuestro reseñado. Las preocupaciones por la alta calidad del idioma, la claridad estilística, el rescate del mejor español, ocultan más bien la vaciedad conceptual y la superficialidad académica y científica de la obra de Darío Achury Valenzuela. En esto tuvo que ver mucho la carencia de un ámbito universitario humanista (como el Ateneo mexicano en que se formaron Henríquez Ureña y Alfonso Reyes o el que surgió alrededor de la revista *Sur*, donde colaboró Jorge Luis Borges), el bajo nivel de alfabetización del público lector (según informa Aline Helg en su libro *La educación en Colombia 1918-1957*—1987, pág. 198—, el nivel de cobertura en secundaria hacia 1940 no llegaba al 7% y el universitario no llegaba ni siquiera al 1%), y por supuesto, la carencia de crítica profesional y un ambiente de politización conservadora cargado de fanatismo excluyente que impedía concentrarse en algo diferente que no fueran los cadáveres diarios o en las argucias del oportunista Eduardo Santos desde el periódico *El Tiempo*.

Si algo determinó el olvido en que cayó la obra de Achury Valenzuela no fue —como cree el compilador Óscar Torres (pág. X)— la indiferencia de la historiografía literaria colombiana (que, para decirlo honestamente, no existe o tal vez esté en proceso de formación) o la ceguera o envidia editorial de sus contemporáneos. Fueron sus propias

limitaciones, sus vacíos y el débil alcance de significación intelectual (¿o por qué la obra de Alfonso Reyes, por citar al azar un caso contrario, todavía constituye un referente obligatorio para entender el destino histórico-intelectual de América Latina?), lo que dio al traste con un pensamiento de alguna seriedad filológica que, como tantas otras cosas, naufragó en los vaivenes de la anarquía colombiana, inmediatamente anterior y posterior al Frente Nacional.

CARLOS SÁNCHEZ LOZANO

“Música a ciertas ideas sobre las mujeres”

Mujer imaginada

Rodrigo Argüello

SI Editores, Santafé de Bogotá, 1996, 117 págs.

Mujer, sagrado misterio.

Lawrence Durrell afirmaba: “Con una mujer sólo se pueden hacer tres cosas: quererla, sufrir o hacer literatura”. Sin embargo, esta sentencia también puede verse como una progresión: sólo se puede sufrir con una mujer si se le ha querido, y sólo se puede hacer literatura con una mujer si se la ha querido y se la ha sufrido.

En el prólogo, “Ars femina”, del libro, Argüello escribe: “Existen muchas razones para justificar otro libro sobre mujeres”.

¿Cómo poner en duda tal afirmación?

Menos aún se podría cuestionar la palabra “otro” en la frase de Argüello, pues la mujer es, gracias a virtudes o pecados propios, EL tema literario por excelencia, sólo comparable a otras “pequeñeces” como Dios, la libertad, la justicia o el sentido de la vida.

Como único (y suficiente) argumento de que no se necesita ninguna otra justificación para escribir tan sólo un libro sino una nueva Biblioteca de Alejandría consagrada por entero a la musa femenina, están ellas mismas: desconcertando, en-

caminando, humillando, ensalzando y, a veces, amando al hombre.

Precisamente por esa preeminencia femenina en la razón y la pasión de los varones, las opiniones acerca de ellas en la literatura de escritores masculinos son encontradas, variando desde la del español Jardiel Poncela (“El secreto del alma de las mujeres es carecer de ella en absoluto”), hasta el éxtasis descriptivo de la amada en el Cantar de los Cantares, pasando, obviamente, por el conocido destino de Werther.



Finalmente, quizá la mejor explicación de la obsesión masculina por lo “eterno femenino” sea una frase de Jean Coucteau: “Hay tres cosas que jamás he podido comprender: el flujo y reflujo de las mareas, el mecanismo social y la lógica femenina”.

Sí, ¡ay!, a muchos nos resultan incomprendibles. Y es dentro de este marco en donde surgen más opiniones contrarias que en la política, donde surge un nuevo intento, no ya de explicar, sino de entrar (esto, hablando de mujeres, puede leerse como rendir tributo) en la esencia femenina por medio de una enciclopedia de la *Mujer imaginada*.

Es importante aclarar que mi posición como reseñista frente a este libro es bastante comprometida, pues soy hombre, y ello me hace incapaz de imaginar siquiera cómo se sentirán la mitad de los posibles lectores de estas páginas que a su género hacen referencia. ¿Sonreirán con complicidad, o pensarán que los varones damos, de nuevo, más vueltas de las necesarias?

En todo caso, *Mujer imaginada* forma parte de la Colección Imago de Creación. El volumen que tengo entre mis manos es el primero de una trilogía, y consiste en cuarenta “clasificaciones de

mujer”, cada clase agrupada dentro de una familia; nueve en este primer volumen: letales, inexpugnables, desmaterializadas, viajeras, mercenarias, sensualistas, tejedoras, cortesanas y dialógicas, más dos cartas: una a una mujer signosomática y la otra a una mujer remota.

Familia “LETALES”:

“*La Cleptómana*: La roba-corazones. / La que se echa el corazón de un hombre en un bolsillo (sin que él ni ella se den cuenta) y allí se pudre para siempre” (pág. 23).

Los cortos textos nos traen a la memoria la arriesgada afirmación de algunos sabios orientales de que no se puede llegar a la esencia del objeto por medio del objeto mismo, sino a través de su poesía. Combinando la exaltación con el humor, y el humor con la brevedad, Argüello consigue (en algunos casos, por supuesto, con más fortuna que en otros) acercarnos a lo siempre anhelado: mujeres de esencia ideal, pero susceptibles de ser vestidas por carne: utópicas-posibles.

Y en la contradicción que se crea al unir estos dos términos es donde Argüello logra reconstruir la otra contradicción: la femenina, patente y vital, en donde reside la magia de sus mejores “imaginadas”.

Familia “VIAJERAS”:

“*La del otro mundo*: Es la que parece estar de vuelta de todo, aunque vive pregonando que no ha ido a ninguna parte” (pág. 57).

No es, eso sí, un libro ajeno a la época, pues más que ser una verdadera enciclopedia, se asemeja más a las imágenes rápidas y sucesivas de un video posmoderno: depuradas para aprovechar al máximo su brevedad, pero sencillas en su composición para ser fáciles de captar. Por ello, en conjunto exige poco esfuerzo al lector, a menos que éste se detenga a observar cada imagen por separado.

No es un libro pretencioso: ni en su lenguaje ni en su estructura. Está más cerca de un vino que se paladea durante un instante, haciendo reflexionar sobre la cosecha de la cual fue extraído, que de una roca que pretenda ser eterna e infranqueable.

Familia “DESMATERIALIZADAS”:

“*La mujer confusa*: Tal vez la que verdaderamente ama. / La que no ama